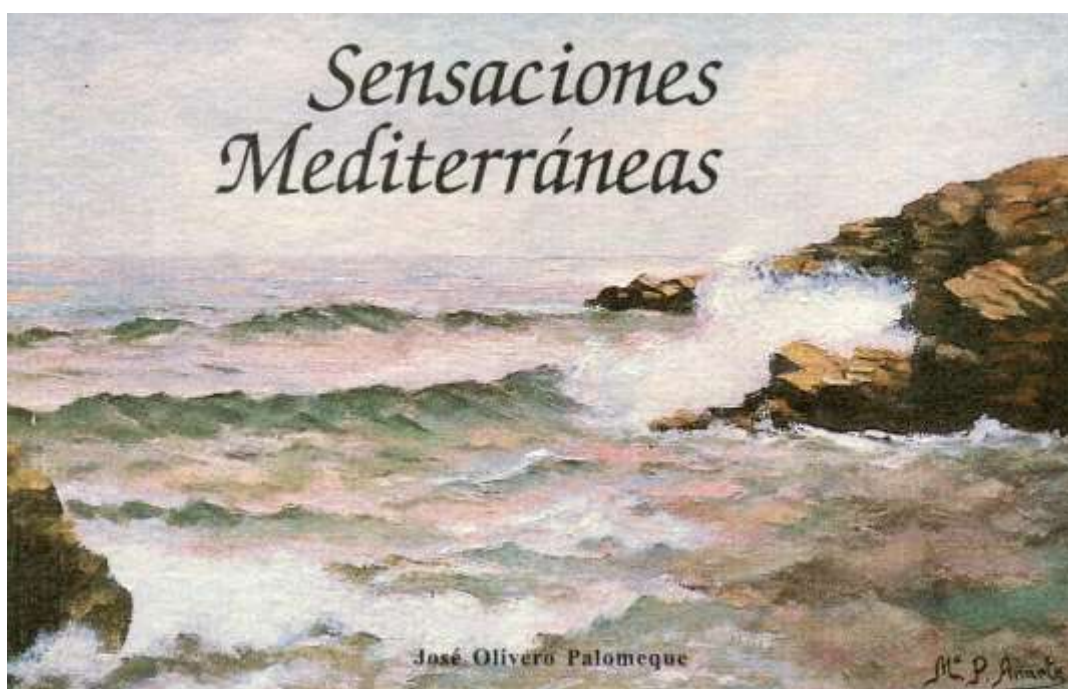


Sensaciones, meditaciones frente al Mediterráneo

Antonio García Velasco

José Olivero Palomeque se sitúa en *Sensaciones mediterráneas* (poemario en prosa que data de 1997) ante el mar de Málaga, como si fuese el único ser de la tierra (“Observo el diálogo de mi mar con la soledad de mi alma”), como, acaso, el superviviente de una catástrofe nuclear (“... ¿Cómo interpretar esta luz en el corazón humano, cuando las tibias ráfagas de lucidez se apagan en este crepúsculo incierto, donde la inteligencia humana corre veloz en el tiempo creando artificios destructivos que ponen en peligro nuestra propia



existencia?”).

El poeta, en soledad frente al Mediterráneo, contempla el paisaje, las olas, las gaviotas... y ocurre, quizás, el milagro: “Este mar que llena mi vida de sentimientos hace próximo lo lejano, perceptible lo etéreo, permitiendo comunicarse sólo con los sentidos desde el silencio”. ¿El mar? Acaso la meditación. El ser humano, inmerso en el constante sinvivir que la vida actual impone para, después, ofrecer sólo los fogonazos de la televisión, los sinsentidos de las enajenaciones diversas, tiene que, de cuando en cuando, sentarse a meditar, en soledad, en comunicación con la Naturaleza, con el mar y todo lo que el mar representa. Es el modo del encuentro con uno mismo y, sobre todo, de uno mismo como ser que forma parte de la Naturaleza.

Reconoce nuestro autor que “Mis pensamientos se difuminan con la brisa que me envuelve transportándome, en lo etéreo de la atmósfera, a un

mundo perceptible por las almas sensibles”. Sólo en esos momentos de meditación en soledad podemos darnos cuenta del “torrente que da vida a la vida”. Basta contemplar el vuelo de una gaviota o el aparente ir y venir de las olas del mar. Nos estamos acostumbrando a vivir de otra manera: contemplando las pantallas de un teléfono móvil, contemplando lo que otros quieren interesadamente que contemplemos... Pero ¿y nuestro personal sentir la vida, la “armonía cambiante” de la vida natural?

Las imágenes del mar se suceden en aquella “hermosa mañana de primavera”, o en el atardecer (“el crepúsculo va cediendo su luz solar, ante la presencia arqueada de la luna”). Veamos una imagen que nos sirva de ejemplo: “El azul, verde mar, en movimiento inquieto, se salpica de tímidas olas a lo largo y ancho de mi visión, dejando entrever los blancos encajes de su crespón acuoso”.

Sensaciones provocadas por la contemplación del panorama frente al mar se entrecruzan con las imágenes del propio pensamiento: “Ráfagas de brisa marina me envuelven en este momento, como si intentaran dialogar conmigo, queriéndome transmitir los misterios de las imágenes que aparecen en mis pensamientos”. El análisis de sensaciones es interrumpido o, mejor, complementado con el vuelo de “dos traviesas golondrinas” que “revolotean a mi alrededor jugando a perseguirse”.

La Naturaleza así contemplada es como una invitación a elevarnos en un viaje infinito. “La brisa me sigue envolviendo con su manto transparente, queriéndome llevar consigo en su viaje infinito e invitándome a elevar el estado de ánimo hacia los sentimientos más sublimes de la creación”.

En su visión poética de los elementos del paisaje el sol se transforma en “diurno vigilante suspendido en las alturas celestiales” y “el vuelo de una gaviota te eleva en el espacio..., el canto de la cigarra produce el encantamiento de tus ilusiones...” Todo se transforma en la mirada atenta de la meditación sentida que transforma en diálogo con uno mismo la brisa, el tomillo, las campanillas, las margaritas... la vida natural: “la vida brota en lo próximo y lejano y todo es aprehensible para ennoblecer los sentimientos”.

El poeta que medita, que reflexiona, que contempla el paisaje se funde con lo contemplado hasta el punto de que exclama personificando el cielo y el mar: “¡Oh cielo etéreo, visible a través de tu intenso azul salpicado de sinuosas nubes! / ¡Oh mar Mediterráneo, perceptible en los movimientos reflejados en tus olas! / Tú, que meces tu rugosa superficie en múltiples cabriolas...” Y se genera en su interior “un mar de sensaciones”. Y la presencia de gaviotas “transporta el pensamiento a vivencias elevadas en espíritu del amor”.

En el curso de la meditación, de la contemplación, se hermana el poeta con los elementos naturales. Y podrá hablar de “hermano Sol” y dirigirse al mar como “mar de mis meditaciones y silencios”, acompañante en la soledad, alentador de sonrisas “en los momentos de tristeza y angustia”, calmante de

violencias, inspirador de sentimientos de ternura hacia todo lo creado, dador de sentimiento de inmensidad del alma...

El lenguaje de Olivero en este libro se hace solemne por momentos, para celebrar así la grandiosidad del mar y la Naturaleza toda: “Poco a poco, el astro lunar va ocupando el centro de la noche, anunciando que la cúpula cósmica de nuestro cielo va a empezar su danza de estrellas fugaces”.

Y termina la meditación (sensación) IX, última, cuando “las estrellas del firmamento, reflejadas en este mar Mediterráneo, brillan en la oscura noche manteniendo la luz de una esperanza, que la humanidad tiene perdida”, aunque nos aferremos a tal esperanza para que “nuestra existencia tenga su razón de ser”. Es la esperanza en que la inteligencia humana no sirva para crear artificios destructivos, sino para la consecución de esa otra humanidad posible, cuando reine la paz, la justicia distributiva, la colaboración solidaria entre todos seres humanos.